

TALLER 1: VIVIR EN ADORACIÓN

(Cómo nace, se define y establece un corazón adorador)

PRÓLOGO

La naturaleza de Dios es dar: Él nos prospera, nos llena de Su Espíritu, llama nuestra atención a través de su maravillosa creación, nos bendice constantemente y todo ello lo hace con el propósito de conectar con nosotros en intimidad, porque nos ama y anhela nuestro corazón. Por eso Dios, que es sabio y creativo, diseñó tu corazón con el impulso de responder. Sembró un deseo natural en tu ADN espiritual de comunicarte con El en cada momento y en cada lugar. Cuando elegimos responder a su llamado de amor y fluimos en adoración a Él, estamos diciéndole a Dios que amamos quien Él es, que reconocemos su corazón y sus obras. En este taller te invitamos a descubrir el corazón adorador que Dios puso en vos, para que puedas experimentar una vida de comunión con El.

TEMARIO

- 1) Etimología y definición**
 - a. De adoración**
 - b. De alabanza**
- 2) El propósito de la adoración: ¿Por qué Dios quiere que lo adoremos?**
 - Para tener comunión con sus hijos
 - Para establecer su reino
 - Por amor a nosotros y a Si mismo
- 3) Adorar es una actitud de vida**
 - Adoración es entregarle a Dios lo más valioso que tenemos
 - Adoración es rendición total
 - Adorar a pesar de...
 - Nos exhorta a la santidad
 - Nos enfoca de la manera correcta
 - a. ¿Cómo hacemos para tener una vida de adoración?**
 - Abrir el corazón
 - Abrir la boca
 - Entender el fluir del Espíritu Santo
- 4) Somos seres creados para adorar**
- 5) ¿Hacia quién debemos dirigir nuestra adoración?**
 - a. La adoración al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.**
 - b. Dios es celoso: Idolatría.**
- 6) ¿Es adorar solo cantar o tocar instrumentos?**
- 7) ¿Cuál es la verdadera forma de adorar?**
 - a. En espíritu y en verdad**
 - b. Corazones quebrantados**
 - c. Conocer a Dios**
 - Conocer la Palabra
 - Pasar tiempo con Dios
 - Dejarlo habitar en nosotros

- La percepción del Trono y el temor de Dios
- 8) ¿Somos realmente libres para adorar?
 - Que nada limite tu adoración
 - La adoración en intimidad y al congregarnos.
- 9) Ministración

DESARROLLO

1) Etimología y definición

a. De adoración

Hebreo / **SHAJAH** / Adorar, postrarse, bajarse, inclinarse / como reverencia y reconocimiento en sumisión a una autoridad / se menciona 170 veces en el AT (1 Sm 15:25 - Jer 7:2)

Griego / **PROSKUNEO** / pros “hacia” y kuneo “besar” / inclinarse, postrarse y besar los pies de alguien, dar obediencia y reconocimiento / término utilizado en el NT.

Latín / **ADORIS** / *ad* “hacia” y *orare* “hablar” / dirigir nuestro hablar, en este caso hacia Dios.

En ningún pasaje de las Escrituras se define la adoración a Dios de manera específica. Lo que podemos encontrar son las pautas para una correcta adoración, las cuales están establecidas a lo largo de la Biblia. La primera y más importante es que el centro de nuestra adoración **siempre debe ser Dios**. Una consideración de los verbos anteriores muestra que la adoración no queda limitada a la alabanza; es el reconocimiento directo de Dios, de su naturaleza, atributos, caminos y demandas, por derramamiento del corazón, comunión y acción de gracias, y mediante actos ejecutados en el curso de tal reconocimiento ya que todo lo que hagamos podemos realizarlo en actitud de adoración.

Adorar no es una ceremonia litúrgica repetitiva y sin dinamismo o un espectáculo religioso donde desbordan las emociones sin una experiencia espiritual.

Adorar a Dios es expresarle y declararle nuestro amor profundo. Rendir homenaje y reconocimiento al único Dios vivo y verdadero. Es la acción y efecto de venerarlo y admirarlo. Significa alabar, rendir culto y exaltar al Dios soberano. Adorar es declarar nuestros sentimientos a Dios, pero siendo en este caso la emoción puesta al servicio de aquello que nuestro espíritu quiere manifestar. No permanece en el plano emocional, sino que nos conecta en espíritu con Dios.

Adorar a Dios es la expresión de amor más elevada que podemos tener para con El. Es reverenciarlo, honrarlo, inclinarnos y postrarnos ante El de una manera **desinteresada**. No hay una especulación que espera algo en retribución, simplemente lo adoramos por quien Él es.

Aiden Wilson Tozer, pastor cristiano estadounidense de las décadas de entre los años '30 y '60, describió a la verdadera adoración como **“ser tan personalmente y perdidamente enamorado de Dios, que la idea de una transferencia de afecto nunca existe ni por asomo”**. Nótese que no dijo “estar” sino “ser”. Por lo cual concluimos que la definición de verdadera adoración es

manifestar amor y reverencia permanentemente a Dios como forma de vida y no como un estado pasajero.

En el verbo Proskuneo se deja entrever una actitud de besar lo pies casi comparada a la acción de un perro cuando lame la mano de su amo. Y aquí entra en escena lo que a veces nos sucede a las personas, que no podemos adorar porque nuestro orgullo no nos permite entregarnos al completo sometimiento a Dios. Nos suena humillante, como si Dios demandara de nosotros algo para su propio beneficio. Pero realmente no lo es cuando comprendemos el verdadero sentido detrás de esta definición.

Por ejemplo: muchos de nosotros tuvimos o tenemos mascotas. En varios casos llegan a nuestras casas cuando son pequeños y crecen viéndonos como la fuente de su todo. Nuestras mascotas expresan su afecto de esta manera, en muchas oportunidades nos lamen en señal de reconocimiento a quien los ama, los cuida, los alimenta, confiados de que jamás les haremos daño. Cada vez que jugamos con ellos, cada vez que regresamos de un viaje, y cada vez que los alimentamos podemos ver el agradecimiento en sus caras y su forma de expresarlo es lamiendo nuestra mano.

Salvando las grandes distancias que separan al hombre de los animales, este ejemplo nos sirve a modo ilustrativo para comprender la actitud de un corazón sincero y rendido. ¿Entendés ahora la definición? La adoración es una actitud de nuestro corazón; es reconocer la misericordia y la gracia de Dios para nosotros, es reconocer lo que Dios es y lo que ha hecho por nosotros desde que fuimos engendrados. Es entender que sin él estaríamos perdidos. En este sentido, la adoración es un estilo de vida.

Por eso es que el mejor adorador será siempre aquel que reconoce de donde lo sacó el Señor y que sin él está perdido, aquel que recuerda su pasado y sabe que sentarse a la mesa del Señor es un privilegio inmerecido. La mejor adoración siempre brotará de un corazón agradecido.

b. De alabanza

Griego / **AINOS (azno)** / “relato, narración”, en el NT es solo a Dios.

Griego / **EPAINOS (epazno)** / fortalece el termino anterior agregando “aprobado, recomendado”, en este caso que surge de aquellos que lo expresan en razón de dar gloria a Dios.

Griego / **AINESIS (aznesi)** / representa la alabanza como ofrenda sacrificial.

Alabar es hacer públicas las grandes maravillas de Dios. Elogiar, enaltecer y celebrar con palabras. Es narrar, relatar con la recomendación de Dios acerca de su carácter y sus obras para con sus hijos. Es festejar, como cuando un niño ve a su padre. El niño se alegra de reconocerlo y corre a su encuentro demostrándole sinceramente su amor.

Salmos 9:11 dice "**Cantad a Jehová, que habita en Sión. Publicad entre los pueblos sus obras**"

Alabar es todo acto que se lleve a cabo con el propósito de reconocer públicamente que tenemos un Dios todopoderoso y que es rey de nuestra vida. La alabanza pública da testimonio de la obra y el poder de Dios a quien aún no cree.

En otro sentido las palabras utilizadas para alabanza en la biblia, también significan alardear o presumir, pero no en el sentido de envanecerse, sino en el de sentir orgullo o satisfacción por lo que Dios hace por nosotros.

Hebreos 13:15 dice **"Así que ofrezcamos siempre a Dios, por medio de Él, sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que confiesen su nombre "**

La alabanza es un acto sacrificial a Dios a causa de la confesión de nuestro corazón expuesta públicamente para proclamar su nombre.

Salmo 63:5 dice **"Mi alma quedará satisfecha como de un succulento banquete, y con labios de júbilo te alabaré mi boca".**

También Salmo 47:1 dice **"Aplaudan pueblos todos, aclamen a Dios con voces de júbilo".**

La biblia remarca que alabemos con júbilo y alegría. ¡Estamos reconociendo el obrar de Dios que nos sacia y sus bendiciones ante el mundo! ¿Cuál es la voz de júbilo? La misma con la cual gritamos un gol desde lo mas profundo de nuestro ser. Es la expresión de una alegría desmedida, que nos desborda, y que nace del corazón. Ninguna expresión de deleite en Dios es irreverente cuando es sincera, lo irreverente sería manifestarnos falsamente. Nuestra alabanza debe ser verdadera. Lo cual nos lleva al siguiente pasaje que dice:

Salmo 9:1 **"Te alabaré, oh Jehová, con todo mi corazón..."**

Sofonías 3:14, 16-18 dice: **"¹⁴ ¡Lanza gritos de alegría, hija de Sión! ¡Da gritos de victoria, Israel! ¡Regocíjate y alégrate de todo corazón, hija de Jerusalén!"**

"¹⁶ Aquel día le dirán a Jerusalén: No temas, Sión, ni te desanimes, ¹⁷ porque el Señor tu Dios está en medio de ti como guerrero victorioso. Se deleitará en ti con gozo, te renovará con su amor, se alegrará por ti con cantos ¹⁸ como en los días de fiesta..."

En este pasaje, la Biblia no solamente nos confirma que la alabanza debe ser con alegría y júbilo, ¡sino que también nos muestra que Dios se alegra y canta con nosotros! Esto quita de nuestra mente todo pensamiento respecto de falsa reverencia confundida con solemnidad y la frialdad de un Dios serio y distante. Erradica toda creencia de que Dios no comparte nuestra felicidad. Si es por intermedio de Él, todo acto de alabanza provoca el regocijo del corazón de nuestro Señor.

La alabanza está íntimamente ligada a la adoración, ya que celebrar las obras de Dios y su carácter nos lleva a reconocer su persona y majestad, y nos hace conscientes de nuestra condición ante El. Reconocer lo que El hace por nosotros nos lleva a comprender su corazón y rendirnos ante su grandeza y su amor.

1 Corintios 6:20 dice **"Porque habéis sido comprados por precio; glorificad a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios".**

Alabamos a Dios en retribución al precio que pago por nosotros, celebrando su persona. La alabanza es un fruto, una consecuencia que brota de nuestros labios al conocer lo que Dios hizo por nosotros.

2) Propósito de la adoración: ¿Por qué Dios quiere que lo adoremos?

Para tener comunión con sus Hijos

Si bien es cierto que Dios se complace de que le adoremos, ese no es el fin ni el propósito de la adoración. El Señor no necesita que le digamos cuán maravilloso es, o que le pasemos un informe de todos sus atributos y bondades. Él es el más grande de todos los tiempos, y lo sabe. Lo cierto es que en el plan que Dios dispuso al pedir adoración a sus hijos, hay un código de amor recíproco. La adoración fue planeada por Dios para que todos nosotros seamos capaces de responder a Su llamado. Que tengamos la oportunidad para conectar con Él. ¿Cuándo es esa oportunidad? En todo momento y en todo lugar. Cuando adoramos estamos ejecutando el propósito para el cual hemos sido creados, tener una relación eterna con Dios. Al adorar nos alineamos a Él, porque brotan palabras y acciones de amor de nuestro corazón.

Para establecer Su Reino

Es justamente eso lo que Dios nos demanda: amor. Pero no solamente amor para con Él, sino también para con los demás y para con nosotros. Allí también estamos ofreciendo a Dios la mejor adoración: la obediencia a sus mandamientos. Por eso podemos comprender que la adoración es la forma de ofrecerle sacrificio vivo, santo y agradable (Rm 12:1). Esto no solo lo glorifica, sino que en cada acto de adoración se establece su ley en la tierra, que expande el Reino y edifica a Su iglesia. Es nuestro “culto racional”, conformando una iglesia que adora a Dios en su espíritu y no confiando en sí misma para la salvación (Fil 3:3).

Por amor a nosotros y a Sí mismo

A través de la adoración Dios nos sujeta a una vida llena de Su amor y Su presencia. Al adorar estamos más cerca del Señor y somos más permeables a que el Espíritu Santo trabaje en nosotros. Confesamos en espíritu que Él es nuestro Rey y Señor. La adoración declara permanentemente al mundo espiritual que somos hijos y creación de Dios, por lo tanto, que pertenecemos al Reino de los cielos. Ese es el mayor anhelo del Señor: que permanezcamos por siempre en su Presencia.

La realidad es que para poder tener una mayor y verdadera relación con Dios, adorar no es optativo. Pero vamos a suponerlo con el fin comprender en profundidad la razón por la cual nosotros, si adorar fuese opcional, igual elegiríamos hacerlo en todo momento de nuestra vida. Simplemente porque sin Él ninguno de nosotros podría estar aquí planteando esta hipótesis. Solo somos porque Él desea que seamos. Sin su aliento de vida, no existiríamos. (Ap. 4:11 / Is 40:17 y 22-24). Y porque, aun sin nosotros merecerlo, Él lo dio todo por sus hijos. Él es el único digno, sin mancha, que hizo todo por amor. Merece toda la gloria, la honra y el honor. Merece todo de nosotros, aunque no lo necesite. Es merecedor de nuestra mejor adoración porque por su gracia y su misericordia todos los días somos renovados. Porque no solo nos dio la vida, sino la oportunidad de una vida eterna y abundante a Su lado. Él es quien nos sostiene, nos restaura, nos santifica. Él es el gran creador y como Padre que nos ama, es celoso de su creación. Este celo no nace del orgullo y la soberbia, es un celo santo y justo, que está atento por nosotros. El celo de Dios nos sujeta con el fin de evitar que desviemos la mirada y el corazón hacia donde no hay eternidad, recompensa ni esperanza. Vela porque la gloria que le pertenece solo a Él no sea dada a otro, porque por amor a sí mismo no se niega (Ex 20:3-5). Él

es celoso de que la gloria que le pertenece por habernos creado, no se la lleve otro por hurtar nuestra atención. Es el la única vida y la única verdad, y guarda lo que le pertenece por amor a Él y por amor a nosotros.

3) Adorar es una actitud de vida

Tener una constante actitud de adoración debe ser una de nuestras mayores prioridades como creyentes. Adorar esta en todo lo que hacemos, es un concepto mucho mas grande de lo que creemos. Ser un adorador es reflejar una actitud reverente y de rendición a Dios a cada momento de nuestra vida, reconociendo que Dios debe estar presente todo el tiempo en nuestra mente, alma y espíritu. Ser hijos obedientes por amor a su Padre, es el mejor acto de adoración que podemos ofrendarle a Dios. Es amor en respuesta y por gratitud.

Una persona que hace lo que Dios quiere, le da gloria a Dios, le está adorando; así pues, es fácil adorarle, desde ahora y hasta la eternidad, desde que sale hasta que se pone el sol, porque todo lo que hacemos le da la gloria a Él: **“Alabad, siervos de Jehová, Alabad el nombre de Jehová. Sea el nombre de Jehová bendito Desde ahora y para siempre. Desde el nacimiento del sol hasta donde se pone, Sea alabado el nombre de Jehová. Excelso sobre todas las naciones es Jehová, Sobre los cielos su gloria”**. (Salmo 113: 1-14). En este pasaje que hemos leído, está indicado claramente que Dios debe ser adorado desde ahora y para siempre, desde que sale el sol hasta que se pone el sol. Surge una pregunta: ¿Cuál es el mejor momento para adorar a Dios? ¡Todo el día y hasta la eternidad! Alguno dirá: Entonces, ¿a qué hora trabajo? ¿A qué hora almuerzo? Dice la Biblia que le debemos alabar desde ahora y para siempre, desde que sale hasta que se pone el sol, en todo lo que hagamos según sus mandamientos.

Adoración es entregarle a Dios lo más valioso que tenemos

Dios le pidió a Abraham que entregara en sacrificio a su hijo Isaac (Génesis 22:5-13). Isaac era lo más valioso que tenía Abraham. Había clamado a Dios por años para que se cumpliera la promesa que Dios le había dado: "Bendeciré a los que bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Génesis 12:3).

Dios probó a Abraham para ver si realmente era un adorador, para ver si estaba dispuesto a rendirlo todo. El verdadero adorador lo rinde todo porque confía plenamente en su Señor, por eso puede obedecer en todo. Lo que Dios le pidió a Abraham fue: “Ofrece a tu hijo, tu único hijo, al que amas, en sacrificio”. Y Abraham pasa la prueba, demostrando que tenía un corazón de adorador.

En la adoración entrego mi cuerpo, mi voluntad, mi ser entero, todo lo que poseo y lo que soy. El verdadero adorador es aquel que se ha entregado totalmente a Dios, sin reservas, sin medidas. Cuando Dios tiene nuestro corazón lo tiene todo. Cuando Dios no tiene nuestro corazón no puede haber adoración. Por eso Samuel decía: **“Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios (adoración) y el prestar atención más que la grasa de los corderos”** (1 Samuel 15:22)

Muchas personas adoran a Dios solo de labios, pero cuando se trata de rendirlo todo, no están dispuestos. Jesús hizo referencia a este tipo de adoradores cuando dijo: **“Este pueblo de labios me honra; Mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran...”** (Mateo 15:8-9) La

frase “me honran” en otras versiones se interpreta como “me adoran”. Jesús está diciendo: “No puede haber verdadera adoración si tu corazón está lejos de mí”, es decir, si el corazón está en otras cosas, si hemos rendido nuestro corazón a otras cosas, no puede haber verdadera adoración.

Adoración es rendición total

La palabra adorar también significa ofrendar, y a través de las escrituras encontramos la palabra adoración como sinónimo de la palabra “sacrificio” u ofrenda. En el antiguo testamento la ofrenda más común era la ofrenda quemada. En este tipo de ofrenda el animal ofrecido en sacrificio era consumido totalmente por el fuego, y a diferencia de otro tipo de ofrendas, con esta, ni el ofrendado ni el sacerdote podían comer de la carne, porque era totalmente consumida. La ofrenda quemada era un tipo del sacrificio que Jesús iba a ofrecer por nosotros. Él se entregó completamente por ti y por mí en la cruz (Hebreos 13:11-12).

De la misma manera que Jesús se entregó completamente por nosotros, así debemos entregarnos nosotros a la adoración. No puede haber adoración a medias. Dios detesta las cosas a medias. Jesús dijo que el primer y más grande mandamiento es: **“Amaras al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma con toda tu mente y con todas tus fuerzas”**. El común denominador en este versículo es Todo. Como la ofrenda que era consumida “Toda”, Dios lo quiere todo, Dios quiere un sacrificio total, una rendición total. Jesús dijo: **“porque donde este vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón”** (Mateo 6:21) Cuando el Señor es nuestro tesoro, en él esta nuestro corazón. ¡Esto es adoración!

Adorar a pesar de...

No hay un momento perfecto para adorar, porque nuestra adoración no debe verse limitada según como nos encuentre ese momento en nuestras emociones y nuestras circunstancias. El Señor es digno de que trabajemos en ser capaces de ponerlo siempre en primer lugar, a pesar de cualquier situación y/o emoción. Imagínense que un día Dios diga “mmm... hoy no estoy de humor para amar al mundo”. Él no hace con nosotros nada parecido, sino que, por el contrario, está pendiente de que deseemos encontrarnos con Él las 24 hs, los 365 días del año, a lo largo de toda nuestra vida. ¿Entonces por qué habríamos de hacerlo nosotros con Él? ¿Acaso Él no merece el intento de que le demos lo mismo en respuesta? Podemos estar tristes, angustiados, atribulados, confundidos, pero nunca permitir que las pruebas nos roben el tesoro de vivir conectados a nuestro Señor, porque confiamos en que Él es soberano y quiere lo mejor para nosotros sus hijos. Es incluso en esos momentos en los que más debemos acudir a Él para volver a conectar con nuestra fuente de gozo, paz y libertad. Dice el Salmo 103: 1-6 **“Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias; el que sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila. Jehová es el que hace justicia y derecho a todos los que padecen violencia.”**

Aún Job habiendo pasado por tantas pruebas, nunca se apartó de la voluntad de Dios ni desestimo adorarle aun en medio del dolor: “Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.” (Job 1:21)

Nos exhorta a la santidad

No solamente debemos estar dispuestos a adorar, sino también a revisar la calidad de ofrenda que estamos dando a Dios. Para que nuestra adoración sea agradable, es imprescindible que nos pongamos permanentemente a cuentas con Dios, para que el corrija toda actitud que contamine nuestro corazón, del cual brota nuestra adoración. La Biblia nos enseña esto a través de la historia de Caín y Abel: **"Y aconteció andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante. Entonces Jehová dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él."** (Gn 4:3-7)

Si bien es cierto que nada puede apartarnos del amor de Dios, que Su amor es inmutable para con nosotros, la naturaleza de nuestra carne puede estar evitándonos llevar una vida de adoración agradable al Señor. Su naturaleza es clara. **"... Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad."** (1 Jn 1:5-6).

"El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. El que dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas." (1 Jn 2:4,9)

Dios contrasta nuestras profesiones verbales con la realidad moral de lo que vivimos. Y para que la adoración sea agradable a Dios debe haber una unión indisoluble entre ellas. De hecho, cuando el pecado está presente en nuestras vidas nos resulta imposible adorarle de forma genuina. El rey David experimentó esto cuando pecó con Betsabé, la mujer de Urías heteo (2 S 11). Y aunque él ocultó el pecado y actuó como si no hubiera pasado nada, sin embargo, su comunión con el Señor se vio afectada inmediatamente y se dio cuenta de que no podía adorar a Dios. El mismo David escribió un Salmo en el que relata su angustia: (Sal 32:3-4) **"Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano."** Pero todo cambió cuando David confesó su pecado. A partir de ahí la comunión con Dios fue restaurada y nuevamente brotaron la adoración y la alabanza: (Sal 32:5,11) **"Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado... Alegraos en Jehová y gozaos, justos; y cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón."**

Para poder adorar a Dios y estar en Su presencia, es fundamental tener un corazón arrepentido. La Biblia enseña que nuestro pecado ha dañado nuestra relación con Dios, la ha truncado, privándonos de tener comunión con Él. Solamente una reconciliación nos puede llevar de nuevo a Sus pies. La invitación a venir a adorar siempre está allí para todos, pero debemos de ser claros y, con sabiduría, tacto, y gracia, ser enfáticos en enseñar que no podemos adorar a Dios a menos que confesemos primeramente arrepentimiento y fe en Cristo. El mensaje de redención debe de ser central, porque no hay manera de presentarnos delante de Dios para adorarle sino lo hacemos a través de nuestro Redentor y Mediador, Cristo Jesús.

Nos enfoca de la manera correcta

Muchas son las veces en las que redundamos en hábitos doctrinales por el hecho de estar acostumbrados a ver que las cosas se hacen de una manera, que nos cegamos y caemos en el inconsciente colectivo de la estructura sin reparar en si lo que hacemos es correcto o necesario para construir una vida como adoradores. Solo nos dejamos llevar por lo aprendido por el hombre que, si bien en muchas formas nos bendice, en otras puede desenfocarnos de lo

verdaderamente importante. Es posible que lo que en se inició como método para aproximarnos a Dios, lentamente se convierta en rutina y se “descorazone”.

Por ejemplo, el enfoque de la ministración por intermedio de la música es guiar a nuestra iglesia en himnos de alabanza y en cánticos de gratitud y adoración. Para hacerlo bien, es necesario acercarnos a nuestra gente, nuestro entorno, nuestros líderes, para ser coherentes a lo que entendemos que Dios está haciendo en medio nuestro. Pero si nuestro enfoque es solo ese, corremos el riesgo de perder la perspectiva eterna de nuestro llamado y propósito como adoradores de Dios. Es allí donde es saludable hacer zoom out, para volver a enfocarnos en esos puntos de referencia indicados en la Palabra de Dios, y asegurarnos de que nuestra adoración a Dios en la iglesia esté en el camino correcto.

Otro ejemplo puede ser cuando se generan los clásicos debates sobre la Palabra. Nos enfocamos más en este punto de referencia que en cualquier otro y comienzan las discusiones, porque al concentrarnos solamente en nuestra respuesta, corremos el riesgo de que sean estilos, gustos, preferencias, costumbres o tradiciones en donde basamos nuestras convicciones, y no en la Escritura.

Jesús denunció tantas veces en el comportamiento de los fariseos. Asistían a la sinagoga y al templo, escudriñaban las Escrituras, ayunaban, oraban y daban diezmos. Su vestimenta, su manera de hablar y de comportarse eran exageradamente religiosa. Sin embargo, sus corazones estaban llenos de pecado, de codicia y de orgullo. Jesús los describió como los que **"devoran las casas de las viudas y por pretexto hacen largas oraciones"** (Mr 12:40). Su corazón no se correspondía con su religiosidad externa, por lo que el Señor los denunció con mucha seriedad: **"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados que, por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, más por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia."** (Mt 23:27). **"Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo"** (Am 5:21,24)

(Is 1:11-17) **"¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién demanda esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para hollar mis atrios? No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes. Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda."**

Por todo esto es de suma importancia que permanezcamos con nuestros ojos puestos en Cristo, en quien todo es dirigido hacia una misma forma de obrar en la perfección de la voluntad de Dios: **"Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria."** (Colosenses 3:1-4) **"Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas."** (Mateo 6:33)

a. ¿Cómo hacemos para tener una vida de adoración?

Abrir el corazón

Es necesario abrir el corazón para que entre Jesús. Muchas veces no separamos el tiempo necesario para adorar a Dios en la forma mencionada anteriormente como PROSKUNEO (derramando nuestro corazón, postrándonos a sus pies en intimidad). Pensamos que como no estamos viviendo en pecado, ni estamos haciendo nada malo, entonces "mi vida ya es una adoración a Dios". La verdad es que, si bien es importante, no es suficiente vivir una vida recta delante de Dios, Él anhela esa comunión, esa adoración nuestra, ese corazón desbordado que reconoce Su amor y Su majestad y lo deja entrar a nuestra vida de una forma íntima. Por ejemplo: hay días en donde mi esposo y yo salimos juntos, compartimos juntos haciendo las compras, visitando a algún amigo, en el servicio, etc. Es verdad que andamos juntos, pero no estamos viviendo momentos íntimos al hacer esas cosas juntos. Ahora bien, hay días en donde solamente estamos él y yo, y compartimos cosas que solamente él y yo podemos hablar. Nos decimos palabras que solo le puedo decir a él y él a mí en intimidad.

Pero, así como debemos abrir el corazón para que Jesús entre, también debemos abrirlo para que emane la vida de Jesús. Cuando abrimos el corazón, el fluir del Espíritu se manifiesta a través de las palabras, a través de las manos, a través de tocar un instrumento, en un abrazo. Del corazón mana la vida. En otras palabras, no podemos hacer nada que transmita vida si no abrimos el corazón para que fluya de ahí la bendición. No debemos hermetizarnos y conformarnos con llevar a Jesús en nosotros, porque si no podemos derramar de Él en adoración estamos limitando el poder que puede soltar a través de nosotros.

Abrir la boca

Como creyentes sabemos que hay que abrir la boca para confesar a Jesús como Señor, pero también es necesario abrirla para que fluya de nuestro interior hacia afuera. Tanto sea en oración, a través de un canto o una palabra. El río de Dios está en todo su potencial dentro de cada creyente para traer cambios a esta tierra. Sin embargo, muchos no han desatado el poder de este fluir transformador en sus vidas porque tienen sus bocas cerradas. Se necesita dar un paso de fe y decir: "Señor, yo reconozco que el río de Dios ha venido a mi vida, y que en mí esta la capacidad y decisión de dejarlo correr. Por tanto yo abro mi boca para que fluya de mi interior".

Entender el fluir del Espíritu Santo

El fluir del Espíritu sensibiliza el interior, pero esto no tiene nada que ver con las emociones. Jesús usa el término "interior", refiriéndose a las entrañas, a la parte más interna de nuestro ser. Hay una gran diferencia entre lo que sale del interior de tus entrañas y lo que sale del interior de tu mente. Es necesario que seamos entendidos de lo que Dios está haciendo precisamente con este derramamiento del Espíritu Santo. La tierra será llena del conocimiento de su Gloria, pero esto solo será una realidad palpable si estamos dispuestos a abrirnos ante Dios y ante los hombres. Ante Dios para ser continuamente llenos del Espíritu, y ante los hombres para tener un corazón transparente y genuino.

4) Somos seres creados para adorar

¿Para qué fuimos creados? Muchas personas piensan que fuimos creados para cumplir un propósito en esta vida o en esta tierra. Como, por ejemplo, Gandhi fue creado para traer libertad a la nación India; la Madre Teresa fue creada para sacrificar su vida en pos del necesitado, del hambriento y del pobre. Otros piensan que fuimos creados para contribuir al crecimiento de esta sociedad o de este mundo. Por ejemplo, Thomas Edison fue creado para inventar el bombillo para que hoy día gocemos de luz y electricidad. Otros piensan que fuimos creados para reproducirnos, procrear hijos, amarlos, cuidarlos y establecer una familia. Ahora bien, si yo no he hecho una gran obra como Gandhi o la Madre Teresa; si yo no he inventado algo maravilloso para la sociedad como lo hizo Edison; ni siquiera he procreado hijos o establecido una familia, ¿valió la pena haber sido creado? O sea, ¿qué propósito tenía Dios al haberme creado a mí? ¿Por qué se molestaría Dios en crearme si tal vez no he estudiado, no he hecho ninguna gran obra, ni he contribuido a esta sociedad de una manera marcada o notable desde su desarrollo o evolución?

El diseño de Dios para tu vida fue: que fueras sólo de Él y que vivieras sin pecado. Antes de la fundación del mundo, tú ya estabas en la mente de Dios. **“Demos gracias al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo por las bendiciones espirituales que Cristo nos trajo del cielo. Desde antes de crear el mundo Dios nos eligió, por medio de Cristo, para que fuéramos sólo de él y viviéramos sin pecado. Dios nos amó tanto que decidió enviar a Jesucristo para adoptarnos como hijos suyos, pues así había pensado hacerlo desde un principio”** (Efesios 1:3-5). Hay ciertos diseños que tú ya llevas en tu ADN; uno de ellos es la adoración. Tú llevas en tu ADN el deseo de adorar. La gente cuando no conoce a Dios, va a adorar a alguien más que no es Dios, porque fuimos creados para adorar. Cuando los sabios vieron la estrella de Jesús en el cielo, automáticamente sintieron el deseo de ir a adorarlo. Hay señales y revelaciones que vienen a nuestra vida y que provocan adoración. Los que han seguido la revelación dada por el Creador han aceptado que Dios nunca hace nada sin un propósito. Creemos, por ello, que Dios tenía un noble propósito en mente al crearnos. Creemos que fue concretamente la voluntad de Dios que hombres y mujeres creados a su imagen desearan la comunión con Él por encima de cualquier otra cosa. **“El pueblo que Yo he formado para mi proclamará mi alabanza”.** (Isaías 43:21). **“Ahora pues, si en verdad escuchan mi voz y guardan mi pacto, serán mi especial tesoro entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”.** (Éxodo 19:5-6).

Para poder contestar la pregunta "¿Para qué fui creado?" necesitamos entender el principio del hombre y su creación. En los capítulos 1-3 de Génesis se narra el principio de la creación y del hombre. **“Y Dios el Señor formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su él hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente. Diferente a la naturaleza y a los animales”.** (Génesis 2:7). **“Y dijo Dios: “¡Que haya vegetación sobre la tierra; que ésta produzca hierbas que den semilla, y árboles que den su fruto con semilla, todos según su especie!” Y así sucedió.”** (Génesis 1:11). **“Y dijo Dios: “¡Que produzca la tierra seres vivientes: animales domésticos, animales salvajes y reptiles, según su especie!” Y sucedió así.”** (Génesis 1:24). Tenemos que entender que cuando Dios creó al hombre, Él primeramente lo creó con sus propias manos. Vemos que Dios sopló aliento de vida en el hombre, dando a entender que algo de Dios fue depositado dentro del ser humano. El hombre es la obra maestra de Dios, creado con un privilegio mayor al de naturaleza, los animales y las estrellas. Dios nos creó con el propósito de tener comunión con Él, de tener una relación con Él, de compartir todo lo que somos con Él, de vivir en una relación muy íntima con Él. Si logras muchas cosas en esta vida, eso es maravilloso, pero eso no es el motivo principal de tu existencia. Si ayudas a muchas personas, estas cumpliendo con los mandamientos, pero no fuiste creado para solo para eso. Si

inventas algo que va a beneficiar a la sociedad, ¡gloria a Dios!, pero no fuiste creado para eso. Fuiste creado para adorar a Dios. Esa es la razón de tu existencia.

Dios está interesado en tu espíritu y en tu corazón. El anhelo de Dios es que te acerques a Él. ¿Por qué? Porque la adoración fue creada para nuestro beneficio. Dios dispuso la adoración de modo que cambiara la forma en cómo vivimos. La adoración forma dentro de nosotros las cualidades de vida que nos moldean y nos hacen a la imagen de Dios. Dios no nos ha llamado a adorarlo porque Él lo necesita, Él es soberano, completo en si mismo. No necesita nada que tengamos que le podamos ofrecer. Nos ha llamado a adorarlo porque somos nosotros los que lo necesitamos a Él. **“Pero se acerca la hora, y ha llegado ya, en que los verdaderos adoradores rendirán culto al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y quienes lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.”** (Juan 4:23-24). Es interesante que en este pasaje bíblico Dios no diga que Dios busca adoración, sino que dice que Él busca adoradores. Dios no está necesariamente buscando la adoración en sí, sino que nos está buscándonos a nosotros para que vivamos en intimidad con Él. Busca una adoración de corazón, desde lo más profundo del hombre. En otra versión de este pasaje vemos que la palabra indica que los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren, mostrándonos que, si en verdad queremos agradar a nuestro Padre, nuestra condición de adoradores no es optativa.

Dice la Biblia que todas las cosas que Él ha creado le dan gloria y que todo lo ha hecho para su gloria y aún que nos ha creado para su gloria; todo lo que ha hecho es bueno y bueno en gran manera. Dice también la Biblia que Dios ha perfeccionado la alabanza en la boca de los que maman y aun cuando las aves cantan, alaban a Dios. Todo lo que Él ha creado, lo ha hecho con un propósito y cuando lo que Él ha creado cumple con el propósito para el cual se creó, esa cosa o esa persona le da gloria a Dios. Si Dios hizo un ave para cantar, cuando canta, alaba a Dios porque está haciendo aquello para lo cual fue creado. No porque lo haga de manera intencional, sino que su existencia y que se cumpla el propósito de su creación es una alabanza al creador. Todas las cosas que Él ha creado, que cumplen su propósito, le dan gloria a Él. **“Todo lo que respira alabe a Jehová”** (Salmo 150:6). ¿Qué se espera del hombre? Que haga aquello para lo cual fue creado y cuando lo hace, le está dando gloria a Dios. **“Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.”** (Romanos 11:36)

Ahora, si bien hemos entendido que toda la creación alaba al Señor, existe una gran diferencia entre adoración del hombre y alabanza de la creación (Salmo 148:1-12). Dios creó al ser humano a su imagen y semejanza. De esta realidad se entiende que el Señor le dio al hombre un lugar especial, predominante, entre todo lo creado. Los animales no pueden adorar, solo tú y yo podemos tener esa comunión, esa comunicación con nuestro creador. El hombre es el único ser con el que Dios tiene una relación profunda. Sólo el ser humano le puede adorar de manera consciente, es decir, por elección. Es el único que puede reconocer su magnificencia, arrodillarse, postrarse, reverenciar y rendir homenaje al Señor. Así que puedes estar dando gloria mientras besas a tu esposa. Todo lo que hacemos, dice la Biblia, lo tenemos que hacer para la gloria de Dios. ¡Todo! Cuando hacemos lo que a Él le agrada, Dios se deleita en nosotros. Jesús hizo todo lo que al Padre le agradaba, e hizo su voluntad en todo y esto provocó que el cielo sea sacudido y el Padre dijera de él: **“Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia”**. (Mateo 3:17)

En el plan de Dios para su creación esta la adoración eterna de sus hijos, y así lo podemos apreciar en la revelación de Jesucristo a Juan en la isla de Patmos, Dios tiene planeada una adoración eterna no solo de los seres celestiales sino también de los redimidos con su sangre y toda nación, tribu, etc.: **“Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio**

eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas". (Ap. 14:6). Hay tres cosas que contiene este evangelio eterno es decir que ha de ser para siempre, Dios nos ha creado para adorarlo eternamente y este ángel que tiene el evangelio declara lo que haremos por los siglos de los siglos: Temer a Dios, darle Gloria y adorar al Creador.

5) ¿Hacia quién debemos dirigir nuestra adoración?

La Biblia enseña la unidad de Dios como su esencia tripersonal. Dios es Padre, hijo y Espíritu Santo en cuanto a personas, pero es una sola esencia divina. No obstante, debemos tener en claro que, por saber que cada persona tiene una forma de manifestación diferente, nuestra adoración debe corresponderse a quién y cómo es cada una. La Fe cristiana es fundamentalmente trinitaria. Quien ha aprendido a adorar verdaderamente, se acerca a Dios Padre por medio del Hijo y en el Espíritu Santo. De este modo podemos adorar a Dios plenamente.

a. La adoración al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

A Dios, Padre y Creador

Como ya hemos desarrollado hasta aquí, entendemos que la adoración a Dios Padre y Creador tiene relación con el propósito por el cual hemos sido creados y el motivo por el cual Dios ha diseñado nuestra capacidad y necesidad de adorarlo. El centro de nuestra adoración siempre debe ser Dios Padre. Todo en nuestro ser nos llama a conectarnos con Él como fuente de nuestra vida y eternidad. **"Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía"** (Salmo 42:1). Damos por comprendida la razón y el porqué de la adoración a Dios Padre y Creador en los puntos anteriores, sin dejar de mencionar la importancia de entender la adoración hacia Él como parte y complemento de una trinidad que multiplica su divina esencia en diferentes personas, todas las cuales son dignas de adoración.

A Jesús, el Hijo

No debemos olvidar que es imposible honrar al Padre sin honrar al Hijo. **"Para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió."** (Jn 5:23).

La Palabra justamente nos enseña: "que todos honren al Hijo como honran al Padre". Encontramos numerosos ejemplos de esto en personas que durante el ministerio terrenal de Jesús le adoraron, lo que era especialmente significativo si tenemos en cuenta que la mayoría de ellos eran judíos monoteístas que de ninguna manera habrían hecho algo parecido con nadie que no fuera Dios. Veamos algunos ejemplos:

- Los magos venidos de oriente adoraron a Jesús cuando lo encontraron en Belén. (Mt 2:11)
- Los discípulos le adoraron cuando subió a la barca después de haber calmado la tempestad. (Mt 14:33)

- Las mujeres que habían ido a la tumba le adoraron después de su resurrección. (Mt 28:8)
- También los once discípulos le adoraron cuando le vieron resucitado. (Mt 28:17)
- Un ciego sanado por el Señor también le adoró. (Jn 9:38)

A Jesús se le ofreció adoración y la aceptó, entonces de este modo, Él estaba confirmando su divinidad. Esto es importante porque hay quienes niegan la deidad de Cristo, relegándolo en cambio a una posición menor que Dios. Sí, Jesús aceptó la adoración. Como la segunda persona de la Trinidad, Él fue y sigue siendo adorado.

Desde el comienzo de la vida de Jesús, vemos ejemplos de cómo se le adoraba. Tan pronto como los reyes fijaron sus ojos en el niño Cristo, **"se postraron y adoraron"** (Mateo 2:11). La Biblia registra la reacción inicial que Jesús recibió cuando hizo su entrada triunfal en Jerusalén: **"tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!"** (Mateo 21:9; Juan 12:13). La palabra "hosanna" es una súplica por la salvación y una expresión de adoración. Esta palabra utilizada por la multitud es definitivamente una forma de adoración.

Poco después, Jesús sorprendió a los discípulos caminando sobre las aguas: **"Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios"** (Mateo 14:33). Dos ejemplos más memorables de Jesús aceptando adoración, ocurrieron justo después de su resurrección. Algunas de las mujeres (Mateo 28:1; Marcos 16:1; Lucas 24:10) iban camino a decirles a los discípulos acerca de la resurrección, cuando Jesús les salió al encuentro. Cuando se dieron cuenta de que era Él, **"ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron"** (Mateo 28:9).

Luego está el caso de Tomás, que no creía que Jesús había resucitado de entre los muertos, a pesar de que los otros discípulos daban testimonio de este hecho. Había sido una semana aproximadamente desde la resurrección, y Tomás aún no creía. Jesús, sabiendo que Tomás dudó, se le apareció y le mostró las marcas de los clavos en sus manos y pies, y la herida en su costado. ¿Cómo respondió Tomás? **"Tomás le dijo: ¡Señor mío y Dios mío!"** (Juan 20:28). En ninguno de estos casos vemos a Jesús diciéndoles a quienes lo adoraban, que ya no lo hicieran, a diferencia de hombres e incluso ángeles que lo prohibieron, pues otros equivocadamente los estaban adorando: **"Cuando Pedro entró, salió Cornelio a recibirlo y, postrándose a sus pies, lo adoró. Pero Pedro lo levantó, diciendo: —Levántate, pues yo mismo también soy un hombre."** (Hechos 10:25-26). **"Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios. Yo me postré a sus pies para adorarlo. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía."** (Apocalipsis 19:9-10).

Sin la obra de la cruz, nosotros todavía estaríamos bajo la ira de Dios, expuestos al juicio y a la condenación. Es por la cruz que hemos encontrado la reconciliación con Dios y es allí donde podemos apreciar de forma totalmente nítida cómo es Dios. El apóstol Pablo expresó con claridad el lugar central que la cruz ocupaba en su ministerio y adoración: **"Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo."** (Ga 6:14).

Así pues, la adoración debe estar centrada en Dios y en la obra suprema de Cristo en la cruz. Nunca debemos olvidar que Jesús fue **"coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte"** (Hebreos 2:9). Los profetas del Antiguo Testamento anunciaron **"los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos"** (1 Pedro 1:11). **"Y las huestes**

celestiales adoran al Cordero que fue inmolado” (Ap 5:12). Toda adoración que no tome en cuenta la obra de la cruz siempre será pobre e incompleta.

Al Espíritu Santo

La pregunta de si debemos adorar al Espíritu Santo es respondida simplemente por determinar si el Espíritu es Dios. Contrario a las ideas de algunos cultos, el Espíritu Santo no es simplemente una “fuerza,” sino una personalidad. Las referencias a Él son en términos personales: **“Cuando venga el Consolador, que yo les enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él testificará acerca de mí.”** (Juan 15:26). **“Pero les digo la verdad: Les conviene que me vaya porque, si no lo hago, el Consolador no vendrá a ustedes; en cambio, si me voy, se lo enviaré a ustedes. Y cuando él venga, convencerá al mundo de su error en cuanto al pecado, a la justicia y al juicio”** (Juan 16:7-8). **“Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, él los guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que dirá sólo lo que oiga y les anunciará las cosas por venir.”** (Juan 13,14).

¿Cómo adoramos al Espíritu Santo? De la misma manera que adoramos al Padre y al Hijo. La adoración cristiana es espiritual, fluye desde la obra interna del Espíritu Santo a la que respondemos ofreciéndole nuestras vidas: **“Por lo tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios, les ruego que cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.”** (Romanos 12:1). Adoramos al Espíritu al obedecer Sus mandamientos. Refiriéndose a Cristo, el apóstol Juan explica que **“El que guarda sus mandamientos permanece en Él y Dios en él. Y en esto sabemos que Él permanece en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado.”** (1 Juan 3:24). Aquí vemos la relación entre la obediencia a Cristo y el Espíritu Santo que habita en nosotros y nos convence de todas las cosas, especialmente de nuestra necesidad de adorar mediante la obediencia, y nos faculta para adorar.

El Espíritu Santo actúa como un Ser con personalidad:

- Él habla: **“Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios”** (1 Timoteo 4:1).
- Él ama: **“Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios.”** (Romanos 15:30),
- Él enseña: **“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.”** (Juan 14:26),
- Él intercede: **“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.”** (Romanos 8:26),

Una Persona divina es digna de adoración. Entonces, si el Espíritu es una deidad, la tercera Persona de nuestro Dios Trino, Él es digno de adoración. Ya lo vimos anteriormente en este pasaje: **“Porque la circuncisión somos nosotros, los que por medio del Espíritu de Dios adoramos, nos enorgullecemos en Cristo Jesús y no ponemos nuestra confianza en esfuerzos humanos.”** (Filipenses 3:3). La Biblia nos dice que los verdaderos creyentes, son aquellos cuyos corazones han sido circuncidados, adoran en el Espíritu de Dios y se glorían y regocijan en Cristo. Aquí tenemos un hermoso cuadro de la adoración a las tres Personas de la Trinidad.

El Espíritu Santo posee la naturaleza de la deidad, es decir que comparte los atributos de Dios.

- Él no es ni humano ni angélico en Su esencia.
- Él es eterno: **“¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”** (Hebreos 9:14).
- Está presente en todas partes: **“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra.”** (Salmo 139:7-10).
- El Espíritu es omnisciente, por ejemplo, Él **“todo lo escudriña, aún las profundidades de Dios”** (1 Corintios 2:10-11).
- Él les enseñó a los apóstoles **“todas las cosas”** (Juan 14:26).
- Él estuvo involucrado en el proceso de la creación (Génesis 1:2).

El Espíritu Santo es descrito en una íntima asociación con el Padre y con el Hijo (Mateo 28:19; Juan 14:16). Como Persona, se le puede mentir (Hechos 5:3-4) y contristar (Efesios 4:30). Aún más, algunos pasajes en el Antiguo Testamento que son atribuidos a Dios son aplicados al Espíritu Santo en el Nuevo Testamento (Isaías 6:8 con Hechos 28:25 / Éxodo 16:7 con Hebreos 3:7-9).

b. Dios es celoso: Idolatría.

Los antropólogos dicen que el hombre es un adorador por naturaleza; ¿qué significa eso? Que, si no adora a Dios, encontrará algún sustituto para adorar. Por eso es importante hacer una evaluación de nuestro corazón y preguntarnos: ¿Qué es lo que yo adoro? ¿Cuál es mi orden de prioridades? Y en la respuesta siempre esta: ¡Lo que más amamos! Todos tenemos una lista de cosas que amamos, y aunque no sepamos ordenarlas en nuestra mente, hay cosas y/o personas que amamos más que otras. Entonces, si Dios está en primer lugar, tanto lo que a Él le agrada como lo que Él quiere estarán en primer lugar en nuestra vida. Si después de Dios está mi señora, amaré a Dios primero, luego a mi señora; siempre hay un orden de prioridades, aunque no nos demos cuenta de ello; simplemente aquellas cosas que uno ama les dedica atención, tiempo y esfuerzo. Cuando comienzas a desvalorizar algo, lo bajas de categoría; si te enojas con tu esposo/a y ya no sientes lo mismo que antes, ya lo estás bajando de categoría y estás poniendo otra cosa en su lugar... puede ser otra persona u otra cosa, quizás el trabajo, el auto, etc. Si no adoras a Dios, hay algo que ocupa el primer lugar en tu vida en lugar de Dios. Para poder encausar vida de verdadera adoración a Dios, debemos reflexionar sobre esto sin engañarnos a nosotros mismos: Si siempre estamos cansado a la hora de leer la Biblia, si estamos cansados para ir a la iglesia, y buscamos excusas para evadir los momentos de comunión con Dios, no podemos decir que lo amamos. Si no buscamos a Dios y le damos a Él la prioridad por sobre todas las cosas, no lo estamos amando como merece. Para que podamos decir que amamos a Dios, debe quedar claro en nuestra forma de vivir Él es el primero de nuestra lista.

¿Cómo podemos detectar cuáles cosas son a las que más atención prestamos? Detectando que es lo que más tiempo, atención, esfuerzo, inteligencia y sabiduría me llevan; si lo hago en Dios, le estoy honrando y poniendo en primer lugar. Es necesario que así sea, porque de lo contrario otra cosa ocupará su lugar y se convertirá en un ídolo.

Contemplemos el episodio bíblico en que Jesús dialoga con una samaritana. Ella en cierto punto le pregunta a Jesús sobre los lugares de adoración a Dios: si en Jerusalén según los judíos o en el Monte Garizim según los samaritanos. Se ve que la inquietud de la samaritana por saber adorar correctamente a Dios es sincera, aunque ella estaba más preocupada por un lugar que por su relación personal con Él. Aunque la samaritana tenía la inquietud de saber si el lugar

donde adoraba era el correcto, ella es consciente de que sus prácticas de adoración no habían tenido ningún efecto en su vida espiritual, pues seguía practicando una vida inmoral y sin conocimiento de Dios: **“Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos.”** (Juan 4:22). Jesús conociendo su sinceridad le revela cómo y dónde adorar a Dios Padre: en el Espíritu y en la Verdad.

La verdadera adoración de Dios viene de un corazón que desea a Dios solo. Esto fue precisamente donde el pueblo samaritano erró; buscó a Dios y los ídolos (2 Reyes 17:28-41), y esto es reafirmado por el Señor Jesucristo cuando Él hizo el discurso sobre el tema de la adoración verdadera con la mujer samaritana. Esta gente adoraba a Dios "sin ánimo" porque su afecto total no se había enfocado en Dios.

Es posible que incluso los verdaderos creyentes caigan en este segundo error. Nosotros nunca podríamos aceptar tener ídolos físicos, como los samaritanos, pero ¿Qué es lo que absorbe nuestra voluntad, nuestro tiempo, y nuestros recursos sobre todo? ¿La carrera, las posesiones materiales, el dinero, la salud, incluso nuestras familias?

Incluso podemos caer en el error de adorarnos a nosotros mismos. Muchas veces nos dedicamos sólo a nosotros y nuestra familia sin tener en cuenta a Dios (esto puede ser un ídolo). Nuestro cuerpo, belleza, autos, casa, trabajo, profesión, nuestro tiempo, deleites, seguir sólo nuestros deseos, impulsos, voluntad, etc. Cualquier persona o cosa que ocupa todo nuestro interés y amor es un ídolo. La Biblia dice: **"No adores a otros dioses, pues el Señor es muy celoso, su nombre es Dios celoso."** (Éxodo 34:14). El corazón de nuestra fe es nuestra relación personal con nuestro Creador. **"No tendrás dioses ajenos delante de mí."** (Éxodo 20:3).

Por consiguiente, también nuestras oraciones deben dirigirse solamente a Dios (Nehemías 4:9; Mateo 6:9), nunca a ninguna persona muerta, como es práctica en varias religiones. Nuestras oraciones deben estar en armonía con la voluntad de Dios.

Es necesario que pongamos esta palabra en nuestro corazón y que venga a formar parte de nuestros huesos; es necesario que la adoración sea un fruto natural de nuestro ser. Frente a tantas influencias y distracciones que pueden desviar nuestra mirada del Señor, es necesario enseñara a nuestra alma a adorar a Dios, así lo hacía el rey David, de modo que aún cuando no tengas ganas, di: "Alma mía alaba, has sido creada para alabar a Dios".

La Biblia enseña cuales son los falsos ídolos que desvían el propósito de nuestra adoración:

- Seres humanos (Hch 10:25-26; 14:11-15)
- Ángeles (Col 2:18; Ap 19:10; 22:8-9)
- Otras criaturas (Mt 4.10; cf. Dt 6.13; Ap 14.9–11).
- Dioses falsos (Éx 20:3-6; 32.1-11, 30, 35; Dt 4:15-18; 8:19)

Por tanto, edifiquemos nuestro espíritu perfeccionando nuestra adoración. Gritemos, como el rey David en el Salmo 63:5, **"Como de meollo y de grosura será saciada mi alma, y con labios de júbilo te alabará mi boca"**. Nada menos que Dios debe satisfacer el corazón del hombre regenerado, y su respuesta a esa satisfacción divina, comparable a la mejor comida, es el fruto de labios que cantan alabanzas de Dios. (Hebreos 13:15).

6) ¿Es adorar solo cantar o tocar instrumentos?

En este punto vamos a disolver el pensamiento equivocado que se ha arraigado en nuestras mentes, de que solo la música es la expresión de nuestra adoración. Si bien una de las formas principales de expresar la adoración es a través del canto, solo es una de las muchas maneras. La Biblia dice que podemos adorar con nuestros labios y otras expresiones: canto, instrumentos musicales, oración, ofrenda, con gratitud, con gozo, con servicio. Dios nos ha creado para “publicar su gloria”, es decir, expresarnos de una manera oral, expresiva, dinámica, con nuestro estilo de vida, así sea en forma pública, privada o en familia. Pensemos sino por un momento: Si la única expresión posible de adoración fuese a través del canto o la música, ¿cómo adoraría aquel que no tiene voz, manos o pies? No podemos caer en el concepto limitante de creer que alguien que no tiene la capacidad de cantar o tocar un instrumento está inhabilitado para adorar a Dios. La adoración puede incluir la oración, leyendo la Palabra de Dios con un corazón abierto, cantando, participando en comunión y sirviendo a los demás. No se limita a un solo acto, pero se realiza correctamente cuando el corazón y la actitud de la persona están en el lugar correcto.

Es cierto que en la Biblia encontramos dos maneras principales de adorar: la oración y el canto. En el libro de los Salmos, que podríamos decir que servía de "himnario" para los creyentes del Antiguo Testamento, encontramos la letra de muchos cánticos de adoración. Por cierto, este es el libro más largo de la Biblia, lo que nos da una idea de la importancia que Dios da a la música. También encontramos otras muchas ocasiones a lo largo de la revelación bíblica en las que diferentes personas adoraron a Dios por medio de sus oraciones. Pero esto no quiere decir que Dios deba ser adorado solo por medio de estas únicas dos formas. Para poner en contexto lo que decimos veamos la historia de la mujer del frasco de perfume.

(Lucas 7.38) dice así:

“Y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los secaba con sus cabellos; y besaba sus pies y los ungía con el perfume”.

La mujer derramó su perfume y no le fue necesario siquiera abrir su boca para adorarlo. Únicamente con sus lágrimas y el perfume que soltaba adoró a Jesús como nadie de esa mesa lo había hecho. Y mira lo que dice en el versículo 44:

“Entonces, mirando a la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies; pero ella ha regado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos»”.

Cuando vivís una vida de adoración y de intimidad, es Jesús quien da testimonio por vos. El recibe como ofrenda agradable todo lo que tu corazón le entregue por amor. Jesús se volteó porque la gente que adora a Dios de todo corazón, llama su atención.

Por eso podemos decir que ser un adorador no es solamente ser cantante o músico del grupo de alabanza. Ser un adorador es la verdadera identidad de cada ser humano. Todos y cada uno de nosotros es un adorador innato.

En la iglesia posmoderna la adoración se ha ligado muy fuertemente a la música. La vinculación entre adoración y música ha sido dañina para la iglesia actual, pues en la mayoría de casos, ha terminado reduciendo la adoración a un placentero tiempo musical de cada domingo, destruyendo por completo el verdadero concepto de la adoración.

Adorar no es un momento del culto. Tal vez haya gente que canta todos los domingos en el lugar donde se congrega, pero nunca ha logrado adorar verdaderamente a Dios a través de su

canto. Cuando el pastor está predicando lo que Dios quiere, también está adorando, porque le está dando la gloria a Dios. Es posible glorificar a Dios en cada momento de la vida. ¡Por eso entendemos que adorar y alabar a Dios es mucho más que música! Incluso muchas veces hemos confundido las cosas y hemos creído que determinada música adora a Dios y otra no, pero no es así. Cualquier tipo de música puede ser un canal a través del cual podemos alabar y adorar. Cuando Adán adoraba a Dios aún no existían los instrumentos; en lo que a la experiencia del hombre se refiere, primero fue la adoración y después la música. Así que se puede adorar con o sin música; adorar es amar profundamente a Dios, y entendemos que amar a Dios con o sin música da igual. Es el amor infundado por Dios en nuestro Espíritu el que provoca esa adoración, simplemente brota del corazón ya que adorar es aquello para lo cual fuimos creados.

¿Y por qué la música esta tan ligada a la adoración? Porque si bien la música no puede producir la adoración, sí puede ciertamente evocar las emociones que un momento de adoración nos hace sentir. Si bien la experiencia de adorar no es emocional, las emociones siempre están presentes. La música no es el origen de la adoración, pero puede ser la expresión de ella. Tómala a la música simplemente como un medio de expresión de tu adoración. La adoración solo puede ser inducida por un corazón conmovido por las misericordias de Dios y obediente a Sus mandamientos.

Así como hablamos de las virtudes de adorar a través de la música, no cabe duda de que su mala interpretación o utilización puede llevarnos a cometer errores de los que nadie está exento. Reflexionemos sobre algunos de ellos que comúnmente se hacen presentes.

A menudo las personas tienden a dejarse llevar por el ritmo de la música sin pensar en nada de lo que dice su letra. Podemos estar tarareando canciones cristianas "pegadizas" sin reflexionar en ningún momento en su contenido. Debemos recordar la exhortación del salmista: "Cantad con inteligencia" (Sal 47:7). Porque cantar o escuchar música cristiana sin prestar atención a lo que se dice, no es algo que debemos identificar con la adoración.

Muchas veces los cristianos nos fijamos más en los cantantes que en Dios mismo. Parecemos sentir por ellos una fascinación similar a la que en el mundo se tiene por los ídolos musicales. Esto nos distrae y nos desvía del verdadero propósito de adorar. Es fundamental entender que el tiempo de adoración musical no es para enfocarnos en una persona o, si sos quien ejecuta la música, para exhibirnos a nosotros mismos a causa de los dones que Dios nos ha dado, sino que ese momento es para dirigir nuestras miradas hacia Dios. Siempre existe la tentación de convertir esos dones y talentos en el centro de la atención, usurpando así el lugar que legítimamente sólo le corresponde al Señor. También solemos complejizar todo discutiendo acerca de cuál es la música correcta para adorar, sin entender que la adoración no tiene que ver con un ritmo especial o con algún estilo musical especial. Muchas veces no nos interesa verdaderamente con qué estilo adorar a Dios, sino cuál estilo nos gusta más. A algunos les gusta la cumbia, otros prefieren la balada, a otros les resulta mejor el rock. Pero la adoración no se trata de lo que a mí me gusta, sino de lo que Dios nos pide. ¡Y la mejor parte de esto es que a Dios le gustan todos los estilos, porque su interés solo está puesto en la intención de tu corazón al adorarlo! Todo aquello que ha sido inspirado por Dios es de Él y fue creado para honrarle. No hay ninguna música que sea de satanás salvo la que hacen satanás y los demonios, pero cuando un hijo de Dios adora con todo su corazón y de él brota una melodía inspirada por Dios, aunque a mí no me guste, debo ser lo suficientemente abierto para entender que esa música adora a Dios porque todo lo que proviene de Él le da la gloria. El estilo que me agrada solo habla de mí, solo habla de mis inclinaciones, de la cultura de la que estoy rodeado, de mi personalidad, pero no define a Dios.

No necesariamente la música que más me agrada es la que puede llevarme a la presencia de Dios. La adoración no existe con el solo objeto de beneficiarme a mí o de lograr algo que anhelo, sino que en ella está implícito el anhelo de agradar a Dios y complacerle. Dice el Salmo 34:1-3: **“Bendeciré a Jehová en todo tiempo; Su alabanza estará de continuo en mi boca. En Jehová se gloriará mi alma; Lo oirán los mansos, y se alegrarán. Engrandeced a Jehová conmigo, Y exaltemos a una su nombre”**. ¿Qué instrumentos son útiles para adorar a Dios? ¿Quién ha leído un salmo que hable de esto? Todo el día y todos los años de tu vida son tiempo para adorar a Dios. ¡Dios te hizo para él! Todo lo que ha hecho, lo hizo para mostrar su gloria, su inteligencia, su sabiduría, su bondad, su misericordia, su paciencia. ¡Todo lo que él ha hecho manifiesta sus virtudes por las cuales debe ser exaltado!

7) ¿Cuál es la verdadera forma de adorar?

a. En espíritu y en verdad

“Le dijo la mujer: Señor, me parece que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.” (Juan 4:19-24)

La mujer había preguntado sobre la adoración verdadera, y el Señor le estaba dando las claves para que sepa cuáles eran sus características fundamentales. Es interesante notar que, aunque el lugar designado por Dios para que su pueblo le adorara era Jerusalén, Jesús le anuncia un cambio que abriría los horizontes para una adoración universal. Estaba llegando "la hora" para este cambio. Como veremos a lo largo de todo el evangelio de Juan, "la hora" se refiere a la culminación de la obra de Cristo en la cruz y su posterior glorificación. Y fue el rechazo de los mismos judíos, quienes lo llevaron a la cruz, lo que abrió las puertas para esta nueva adoración universal, sin diferencias entre judíos y gentiles. Y uno de los aspectos más importantes de esta nueva adoración es que ya no sería en un lugar concreto. A partir de ese momento todos los lugares sagrados han dejado de tener importancia. En este sentido es importante no olvidar que fue en el mismo momento en el que Jesús entregaba su vida en la cruz, que el velo del templo fue rasgado milagrosamente de arriba a abajo (Marcos 15:38). De esta manera Dios estaba diciendo que se habían terminado las limitaciones para entrar a la presencia de Dios, quedando el camino abierto para que todas las personas pudieran entrar, y no sólo el sumo sacerdote judío una vez al año (He 9:6-8).

La adoración es en sí misma una función del Espíritu. Jesús dice que nosotros “adoramos en espíritu y en verdad”. Dios escudriña nuestros corazones antes de escuchar lo que nuestros labios dicen: **“Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado.”** (Isaías 29:13). Y también sabemos que es posible doblar la rodilla físicamente sin doblegar nuestro corazón y voluntad ante sus mandamientos. Ninguno de nosotros está libre de perder el eje y poner el énfasis en los

aspectos externos de la adoración, y en este sentido debemos recordar las frecuentes advertencias del Señor Jesucristo sobre los peligros de una religión externa. Por esta misma razón, no debemos hacer depender nuestra adoración de nada externo. Y quizá en este punto podamos preguntarnos, por ejemplo, qué ocurriría en muchas iglesias si eliminasen la música de los cultos de adoración.

La adoración debe nacer de una actitud del espíritu, interna, que a su vez se expresa en obediencia y una vida dedicada por entero a Dios. Aún cuando nos reunimos formalmente en la iglesia, el énfasis debe estar en adorar individualmente al Señor. Aún como parte de una congregación, cada miembro debe ser consciente de que está adorando a Dios en un plano individual conectado con Él por intermedio del Espíritu.

Para que nuestra adoración sea en Espíritu, debemos estar libres de todo pecado que obstaculice el fluir del Espíritu. Sólo podemos adorar en el espíritu si tenemos un corazón puro, abierto y arrepentido. Es necesario un corazón redimido que ha sido justificado ante Dios por la fe y que confía en el Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. ¿Cómo puede uno adorar al Dios del cielo si su pecado no ha sido renunciado? Esa adoración procedería de un corazón no regenerado, donde el ego ocuparía el lugar de Dios: **"No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él."** (1 Juan 2:15). Cualquier otra adoración que la que sale de un corazón "lavado" es en vano.

En realidad, necesitamos que el Espíritu Santo venza la resistencia que hay en cada uno de nosotros para adorar a Dios. Porque todos sabemos que la naturaleza humana es egocéntrica, mientras que la adoración está centrada en Dios. Es por eso que necesitamos que el Espíritu Santo nos pueda elevar de nosotros mismos, pueda cambiarnos y enfocar nuestra devoción en Dios.

Aquellos que son espirituales, son quienes son habitados por el Espíritu, el cual nos da testimonio de que le pertenecemos a Dios (Romanos 8:16). Su presencia en nuestros corazones nos permite adorar en el Espíritu. Estamos en Él, como Él está en nosotros, así como Cristo está en el Padre y el Padre está en nosotros a través del Espíritu (Juan 14:20, 17:21).

Por otro lado, debemos adorar al Padre "en verdad". Esto nos recuerda que Dios es racional y que la verdadera adoración debe involucrar nuestra mente.

Esto implica en primer lugar que si no pensamos lo que hacemos cuando adoramos, Dios no recibe nuestra adoración. Cantar bellos himnos, orar de forma mecánica y repetitiva sin pensar en lo que decimos, esto no le agrada a Dios. Como Jesús dijo, esto no es más que "vanas repeticiones" y "palabrería" (Mateo 6:7). ¿Qué sentido puede tener incluso que expresemos hermosos términos bíblicos en frases gastadas de las que hemos olvidado su verdadero significado?

En la verdadera adoración debe estar involucrada nuestra mente. Sin lugar a dudas, estos conceptos son extraños en gran parte del cristianismo moderno, donde pareciera que lo que importa en la adoración son los sentimientos y el estado de ánimo. Pero el Señor repitió varias veces que nuestro amor por él debe incluir también nuestra mente:

"Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente." (Mateo 22:37)

Debemos cuidarnos de cualquier forma de adoración emocional que no utiliza cabalmente el intelecto. Es cierto que en ocasiones parece que una adoración así está en un nivel superior, pero eso es falso. Nuestra mente debe tomar parte activa en nuestra adoración. Es necesario que prestemos atención y entendamos lo que cantamos, oramos y hacemos.

"¿Qué, pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento. Porque si bendices sólo con el espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de gracias? pues no sabe lo que has dicho..." (1 Corintios 14:15-16)

Dios insiste en que nuestros cultos de adoración tienen que ser comprensibles para todos. Por esta razón el apóstol Pablo escribiendo a los Corintios dedicó un capítulo entero para poner orden en el culto público (1 Co 14), y su finalidad era que las personas pudieran entender lo que se decía. Con esta finalidad impidió que todos hablaran a la vez (1 Co 14:31), también prohibió hablar en lenguas en la iglesia si no había intérprete, porque de otra manera las personas no entenderían lo que se decía (1 Co 14:28). El jaleo, el griterío incomprensible, el bullicio no tiene nada que ver con la verdadera adoración, más bien, puede dar la justa impresión de que estamos locos (1 Co 14:23).

En segundo lugar, no existe tal cosa como una adoración verdadera basada en la ignorancia. Jesús mismo tuvo que decir a la mujer samaritana que "vosotros adoráis lo que no sabéis", lo que descalificaba su adoración.

Renovemos nuestras mentes diariamente por limpiarlas de la "sabiduría" del mundo, reemplazándola con la verdadera sabiduría que proviene de Dios. Nosotros lo adoraremos con nuestra mente renovada y purificada, no nuestras emociones. Las emociones son cosas maravillosas, pero a menos que sean formadas por una mente saturada en la Verdad, pueden ser fuerzas destructivas, fuera de control. Donde va la mente, la voluntad sigue, y las emociones también. (1 Corintios 2:16) nos dice que tenemos "la mente de Cristo," no las emociones de Cristo.

b. Corazones quebrantados

A veces sentimos que hemos perdido el rumbo, y Dios tiene que despertarnos para regresarnos al camino correcto. A menudo nos introduce en un período de quebrantamiento, un tiempo para volvernos a enfocar y verificar que estamos bien direccionados.

Todos conocemos la historia: Jonás decide que ese no es su llamado, se escapa y termina en el vientre de un gran pez. Estar dentro de un pez te proporciona tiempo para un profundo examen de conciencia; luego Jonás se convierte en un adorador quebrantado que descubre nuevamente a Dios y anhela estar a cuentas con Él: **"Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé de Jehová, y mi oración llegó hasta ti en tu santo templo"** (Jonás 2:7).

Jonás fue examinado a la luz del amor santo de Dios. Es durísimo estar dentro de un pez por unos días, pero es mucho peor estar en un océano embravecido. Dios sometió a Jonás al fuego purificador, y Jonás salió de allí como un adorador más fuerte y puro: **"Mas yo con voz de alabanza te ofreceré sacrificios; pagaré lo que prometí. La salvación es de Jehová"** (Jonás 2:9). Así Jonás partió nuevamente, pero esta vez camino a Nínive.

Como también en el encuentro de Isaías con Dios cuando le dio el deseo de salir y dar la palabra. **“En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.”** (Isaías 6:1-5)

Frecuentemente, cuando nos encontramos con Dios, experimentamos su bondad y reposo. El profeta Isaías se convirtió en un adorador quebrantado. Este era un tipo de encuentro completamente diferente, un momento santo marcado por la inquietud y la introspección. El profeta se encuentra con el Señor Todopoderoso y nunca más vuelve a ser el mismo. Se da cuenta de la grandeza de Dios y, a la luz de esto, de su propia debilidad, cuando dice: “¡Ay de mí! que soy muerto”. Isaías es quebrantado, sorprendido y sacudido en la presencia de Dios. Pero este quebrantamiento no es algo destructivo; Dios está despojándolo de sí mismo para transformarlo en un adorador más fuerte y más puro, un adorador cuyo clamor sea: **“Heme aquí, envíame a mí”** (v. 8).

Por supuesto, hay un tiempo en la adoración para regocijarnos, estar contentos y hasta tranquilos. Pero también viene un tiempo en el que Dios nos inquietará de una forma muy clara. Nos pone bajo la luz de su santidad, donde comenzamos a examinar nuestros corazones de una forma mucho más estrecha. Richard Foster lo llama “El escrutinio de amor de Dios”. Es el amor de Dios que disciplina —a menudo severo— aunque siempre es un acto de bondad y nunca de crueldad. Él es un Rey santo, que demanda un pueblo santo. Y como es también el Padre perfecto, disciplina a los que ama, simplemente porque los ama.

Es posible que alguna vez, si es que ya no lo experimentaste, mientras te encuentres adorando, la presencia de Dios invada tu corazón de una forma nueva y poderosa. Que no sea uno de esos momentos tiernos o tranquilos. Sino que el Señor te guíe al arrepentimiento. Que Dios lleve a la luz desde lo profundo de tu corazón todo tipo de impurezas que te contaminan, hasta incluso las pequeñas actitudes y pensamientos no expresados que habían pasado inadvertidos hasta ese día. Cuando eso sucede, Dios te pone frente a la oportunidad de convertirte en un adorador que es capaz de morir a sí mismo. Es eso lo que El desea: Un corazón quebrantado y sumiso, que permita ser moldeado y perfeccionado. Como el rey David, el cantor de Israel, que declaró: **“Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”** (Salmos 51:17).

a. Conocer a Dios

Conocer la Palabra

Hay sólo una manera de renovar nuestras mentes, y eso es por la Palabra de Dios. El conocimiento de la Palabra nos revela la verdad y las misericordias de Dios. Saber la verdad, creer en la verdad, sostener las convicciones acerca de la verdad y amar la verdad resultarán naturalmente en una verdadera adoración espiritual. No por un estímulo externo, como puede

ser la música. Sino por la convicción seguida del afecto, un afecto en respuesta a Él porque sabemos más y mejor quien Él es.

El apóstol Pablo predicó el evangelio a los atenienses para que dejaran de adorar al Dios no conocido: "porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio." (Hch 17:23). Es imposible adorar a un Dios a quien no se conoce. Por esta razón, Dios se ha revelado para que sus criaturas le conozcan y puedan adorarlo tal como él es. Porque si ignoramos su Palabra, lo más probable es que estemos adorando a un dios que es producto de nuestra propia imaginación y además lo estaremos haciendo de una forma que le desagrada. Así pues, la verdadera adoración debe estar arraigada en su Palabra revelada. Debemos conocer a Dios antes de poder adorarle correctamente. **"La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales."** (Col 3:16)

Hay una diferencia entre la gente que conoce a Dios y la que ama a Dios. Podés conocer a Dios, y eso no significa que lo ames, porque tu corazón puede no estar abierto a que Dios se revele. Pero definitivamente cuando amamos verdaderamente a alguien es porque lo conocimos primero. Luego, la adoración es como un lente que te ayuda a ver mejor o con más claridad quién es Dios. Cuando el hombre pecó, su imagen de Dios fue distorsionada o empañada. Ahora, por medio de Jesús, si adoramos a Dios, la adoración sirve como ese lente que te permite apreciar bien quien es Dios. Podés mirar un pájaro en un árbol a la distancia y solo decir "que lindo pajarito", pero si usas unos binoculares para verlo, entonces se pueden apreciar con detalle su belleza, sus colores, sus movimientos, etc. Ya no dirás simplemente "que lindo pajarito", sino que dirás "¡que pajarito tan hermoso, que colores tan vivos y preciosos tiene y que increíble sus movimientos!". Nos pasa igual con Dios, la Palabra nos da a conocer la persona de Dios, pero ese conocimiento puesto en adoración revela un mayor entendimiento en nuestro corazón.

Pasar tiempo con Dios

(1 Corintios 2:9) dice así: **"Antes bien, como está escrito: «Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman»"**. ¿Cuántos quieren ver algo que nunca han visto? ¿Cuántos quieren oír algo que nunca han oído? Él te está diciendo que tiene revelaciones que nunca han sido dadas a conocer y que te las quiere mostrar, solo si lo amas; y para ello además de conocerlo, tenés que sumergirte en adoración. No podemos pretender amar a Dios si no lo adoramos.

¿Por qué desea Dios que lo adoremos? El desea que tú lo conozcas. Adorar significa volver a Dios, y volver a Dios significa volver al diseño original. Mientras más tiempo apartes para Dios, más vas a saber quién eres en realidad.

Dejarlo habitar en nosotros

Dios está en todo lugar porque es Omnipresente, pero no en todo lugar se manifiesta. Yo no deseo que Dios nos visite, yo deseo que Dios habite en este lugar. ¿Dios es un inquilino en tu casa o Él habita en tu hogar? Dios habita donde es celebrado, donde se le escucha. Cuando

Jesús visita a Marta y a María, Marta estaba afanada y turbada con todos los quehaceres del lugar. Sin embargo, María fue una mejor anfitriona que Marta sin hacer nada porque Marta le ofreció su casa, pero María le ofreció su tiempo y corazón (Lucas 10:38-42). ¿Qué le vas a ofrecer vos a Jesús? Un buen anfitrión es aquel que escucha. Hay veces que retumban solo nuestras peticiones cuando estamos en su presencia, y no permitimos que Él también nos hable.

Dice la Palabra que con gran voz diez leprosos le gritaron a Jesús cuando clamaron por sanidad, pero que solo uno regresó a Jesús y se postró delante de Él. (Lucas 17:17-18) dice así: **“Jesús le preguntó: «¿No son diez los que han quedado limpios? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviera y diera gloria a Dios sino este extranjero?»”**.

Dios limpia y sana nuestro corazón porque quiere entrar a vivir en él. Pero para entrar espera que se lo permitamos. Dios no irrumpe sin que tu voluntad sea la de abrir tu puerta. El se manifiesta en nuestra vida y espera a que regresemos a Él y reconozcamos quien hizo la obra, para así regalarnos su salvación y que vivamos en Él así como Él en nosotros.

Dios busca adoradores, por eso Jesús preguntó por los nueve restantes. Porque cuando vos lo adorás, Él empieza a buscarte a vos de una forma cada vez más profunda. Cada vez que Jesús te bendice y no te encuentra adorándole, empieza a preguntar por vos. Jesús estaba buscando a alguien que volviera. Los diez recibieron sanidad, pero uno solo volvió y Jesús le dijo: **“Levántate, vete; tú fe te ha salvado”** (Lucas 17:19). La sanidad la necesitaba para estar aquí en la tierra, pero a causa de su actitud de rendición Jesús le revela algo aún mayor: que había un lugar para él en el cielo, porque no solo fue sano, sino que también fue salvo.

La percepción del Trono y el temor de Dios

“Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda.” (Ap 4:2-3)

El trono está en el centro de todas las cosas. Sin una percepción clara de él, nuestra adoración y la práctica de una vida cristiana se pueden corromper. Sin el temor que proviene de una genuina percepción del carácter y la santidad de Dios, cualquier tipo de alegría o entrega que la iglesia experimente no será otra cosa sino euforia.

Dios primero establece su orden, luego manifiesta su gloria, pero debemos ser conscientes de que cualquier irreverencia ante esa manifestación es sopesada por Dios. ¿Qué deberíamos hacer para experimentar el avivamiento y la adoración que proceden del trono?

En primer lugar, debemos ser cuidadosos de no limitar el mover de Dios y estar abiertos al obrar del Espíritu. Su palabra dice: **“el viento sopla de donde quiere, y aun oyendo su sonido no sabes de donde viene ni para donde va.”** (Juan 3:8). Dios es libre, misterioso y a veces nosotros queremos que sea como nosotros para ahorrarnos el camino de ser transformados. Cuando queremos encajonar a Dios, él ya se ha salido, pero en nuestro intento de manejarlo a nuestro antojo y parecer construimos muy fácilmente una imagen distorsionada de Él.

El Trono representa el gobierno de Dios sobre todo lo creado, y por supuesto sobre nuestras vidas. El reconocimiento de la voluntad de Dios, fue determinado en la oración nos enseñó Jesús.

Debemos tener en claro que es lo que fluye y emana ese trono, entender su naturaleza. Incluso conocer lo que está alrededor de él para entender claramente la importancia de exponernos delante a ese Trono pudiendo expresar, manifestar y reflejar una adoración total y reverente en espíritu y en verdad.

8) ¿Somos realmente libres para adorar?

Que nada limite tu a adoración

El que se rinde suelta todas las preocupaciones y las pone en las manos de Dios sabiendo que Él se encargará de ellas. Muchas veces nos cuesta adorar a Dios porque estamos cargados de problemas, pero es imprescindible saber que vengamos como vengamos a los pies del Señor, con o sin carga, debemos adorarlo a Él y no a nuestras circunstancias, porque Dios siempre es más grande. La rendición no solamente se demuestra con levantar nuestras manos o postrarnos ante el Señor, la rendición significa poner nuestra atención en Dios. Por ejemplo, si estamos en Su casa pero no estamos conscientes de que Él está allí porque nuestra mente está cargada, estamos limitando el mover de su Espíritu en ese momento. Quizás nos decimos que estamos rendidos, pero si no podemos adorarlo con el entendimiento de que Él está en ese lugar queriendo tener un encuentro con nosotros, es en vano. Ya no pongamos la atención en los problemas cotidianos y temporales del mundo, mejor intencionalmente poné tu mirada y atención en Dios. Cuando estamos conscientes de Dios en nuestras vidas personales y dondequiera que andemos, entonces se manifestará Su poder en y a través de nosotros de una manera fluida. Somos portadores de la gloria de Dios, pero solamente podremos explotar y manifestar esa gloria si estamos confiados y conscientes de Él.

A modo de ejemplo, veamos algunos de obstáculos que nos impiden adorar con libertad. Todas estas cuestiones puestas en primer lugar roban nuestra atención y nos limitan en nuestra relación con Dios, porque hasta tal vez sin quererlo, le damos el mensaje a Dios de que Él en nuestra vida esta supeditado a ellas:

- El materialismo o problemas materiales
- La falta de perdón
- El orgullo
- La culpa
- El enojo
- Las adicciones
- Los problemas familiares
- Los problemas o limitaciones de salud

Fanny Crosby, fue una compositora de himnos cristianos, nacida en un condado muy pobre del estado de Nueva York 1820. Hasta su fallecimiento a los 95 años de edad, fue una de las escritoras más prolíficas de la historia de la música cristiana al haber escrito más de 8.000 himnos durante su vida. Fue además una predicadora y conferencista famosa en los Estados Unidos. El famoso himno "A Dios sea la Gloria" es obra de ella. Lo más increíble de la vida de Fanny Crosby es su testimonio de vida. A las seis semanas de edad enfermó de un catarro y desarrolló una inflamación en sus ojos, que la dejó ciega por no poder acceder al tratamiento adecuado. Su padre murió cuando ella tenía un año de edad y su madre y abuela se encargaron de guiarla por el camino del Señor. A los 15 años se inscribió en el Instituto de Nueva York para

los ciegos en donde aprendió a tocar el piano, la guitarra y a cantar. Allí conoció a un músico cristiano y compañero de trabajo, quien era también ciego, con quien se casó. Tuvieron una hija, que murió mientras era una bebita pequeña.

Fanny Crosby nunca demostró resentimiento o amargura por su discapacidad. A los ocho años de edad escribió el siguiente verso acerca de su condición: "Oh que alma tan feliz soy / Aunque no pueda ver / Estoy decidida que en este mundo en que voy / Viviré con contentamiento en mí ser / Cuantas bendiciones yo disfruto / Que otras personas no tendrían / Llorar y lamentarme por mi ceguera / No, no lo haría, no, no podría."

En otra ocasión escribió: "Parece que fue una decisión por la bendita providencia de Dios que yo fuera ciega toda mi vida, y le doy gracias por mi condición. Si se me ofreciera recuperar la vista perfectamente mañana, no lo aceptaría. Pudiera no haber cantado himnos de adoración a Dios si me hubiera distraído por mis cosas personales". Alguna vez alguien le preguntó: ¿No hubieras deseado no haber sido ciega?, y ella contestó: "No, porque lo bueno de ser ciega es que cuando llegue al cielo, el primer rostro que veré será el de mi Salvador".

Dios está buscando con ansia este tipo de adoradores insaciables, inextinguibles, y decididos. Dios está buscando personas que se niegan a enfriarse, a desanimarse o distraerse en su búsqueda de glorificar a Dios. Personas que se negaron a deprimirse, a amargarse o a darse por vencidas al seguir a Cristo.

La adoración en intimidad y al congregarnos

A lo largo de la Biblia, vemos escrituras de personas inclinándose o postrándose al adorar. Sin embargo, algunos de nosotros hemos tenido experiencias donde hemos sido reacios a levantar nuestras manos en adoración. Cuando sentimos ese gentil impulso dentro, es el Espíritu Santo dentro de nosotros llevándonos a conectar plenamente con Dios. Aún cuando estamos a solas con Dios y nadie nos ve, a veces nos sentimos incómodos y nos cuesta fluir en ese impulso del Espíritu.

También podemos sentir el deseo de frenar ese impulso cuando estamos congregados. Es como si en ese momento quisiéramos hacer algo más que solo cantar u orar, pero entonces, vemos a nuestros amigos y familia cerca y nos preocupamos por lo que puedan pensar, o por si ellos también lo hacen. Queremos adorar al Señor de una manera nueva, pero tenemos miedo o pudor. Estamos preocupados por el temor de experimentar cosas nuevas, por lo desconocido y por temor al hombre. Un momento de verdadera adoración está centrado en Dios, no en cómo otras personas ven nuestra adoración. Y la realidad es que centrándonos en los demás perdemos la oportunidad de tener un momento de plena comunión con Dios.

¿Cómo hacemos para que esto no nos suceda? Debemos entender que cada miembro de la iglesia está llamado a adorar en privado y en público. Necesitamos anhelar el tener encuentros con Dios de una manera personal e íntima. Cada encuentro producirá un sometimiento a la voluntad de Dios y al cumplimiento del propósito de Dios para nuestra vida. Los momentos privados de adoración son esenciales para desarrollar nuestra madurez espiritual. Esa misma madurez nos permitirá luego conectar en adoración como iglesia, sin que existan sentimientos de cohibición. Por eso es importante identificar si esto nos sucede, para que Dios pueda trabajar en intimidad en nosotros y sanarnos en nuestra adoración y alabanza en público. Si alguna vez te paso que no hayas podido fluir libremente en adoración, o tal vez que no hayas podido enfocarte por estar pendiente de juzgar la forma de adorar de otra persona, es tiempo de madurar.

¡Qué hermosa sinfonía habrá cuando todos alabemos a Dios sin limitaciones! Nadie puede alabar igual a otro porque cada persona es única y particular delante de los ojos de Dios, él te dió características y dones únicos y vos le agradás a Dios con esa característica que él te dio solo a vos. Cuando alabamos a nuestro Padre es como cuando llora un niño en el hospital: hay cientos de niños llorando, pero los padres saben reconocer a su hijo en medio de los otros llantos; igual es Dios, reconoce perfectamente a cada hijo que le adora y le alaba. La Palabra nos enseña a ser un mismo Espíritu en todo tiempo. Y que todo lo que hacemos juntos lo hagamos como para el Señor junto a otros que sienten lo mismo.

Por otro lado, Pablo nos exhorta a que si alguna practica no es de edificación para la iglesia, debemos modificarla. **“¿Qué debo hacer entonces? Pues orar con el espíritu, pero también con el entendimiento; cantar con el espíritu, pero también con el entendimiento. De otra manera, si alabas a Dios con el espíritu, ¿cómo puede quien no es instruido decir «amén» a tu acción de gracias, puesto que no entiende lo que dices? En ese caso tu acción de gracias es admirable, pero no edifica al otro.”** (1Corintios 14:15-17). Si mi práctica al alabar al Señor afecta la fe de otro, debo actuar con amor y humildad. Hay que hacer todas las cosas con el único fin de alabar al Señor y darle gloria y no para exhibición de nosotros mismos. **“No se debe hacer tropezar al hermano.”** (Romanos 15:1-6).

Hemos sido aceptados en Jesús tal y como somos, y librados de la muerte. Él nos salvó de la condenación (incluso la que ejercemos sobre nosotros mismos). Ya no somos esclavos, ¡somos hijos de Dios libres para adorarle!

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Romanos 8:15)

“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.” (Gálatas 5:1)

9) Ministración

Señor, queremos agradarte con nuestros pensamientos, con nuestras palabras, con nuestros hechos; queremos que todo el mundo sepa que te amamos, no queremos avergonzarnos de que vos. Queremos que seas lo primero en nuestra vida y honrarte. Te pedimos Señor que transformes nuestra vida, nuestro corazón, que no sea el lugar de nuestra adoración solo el culto o la iglesia, sino cada lugar a donde vamos y que vos habites en nosotros. Que cada cosa que hagamos sea para ti y para tu gloria. Transfórmalos en verdaderos adoradores, en personas que te aman. Señor, queremos adorarte durante toda nuestra vida, desde ahora y hasta la eternidad, desde que sale el sol hasta que se pone. Te damos la bienvenida a nuestra vida para que obres en nosotros, que nuestra adoración atraiga tu presencia y enternezca tu corazón. Transfórmalos Señor, renueva nuestra mente, hacenos nuevas personas, convertinos en adoradores, ayudanos a mantener nuestros ojos en vos y que te amemos a ti más que a todas las cosas, que el mundo sepa que sos nuestro primer amor, el deseado de nuestro corazón. Que la llama de tu Espíritu Santo siempre arda en nuestro corazón. Vos has tocado muchas veces nuestro corazón Señor, pero con esta oración queremos tocar el tuyo. Padre, hacenos libres de nuestros pensamientos y ataduras, que a partir de hoy todo nuestro ser te reconozca y te manifieste amor con libertad. Ayudanos a tener el temple de buscarte, para conocerte cada día más, y tener una relación profunda con vos, nuestro Creador. Revela el

propósito de nuestra vida en cada corazón, para que por siempre vivamos en comunión con vos, dándote la gloria y el honor a ti, el único digno. Quitá de nuestra vida toda cosa o persona que haya ocupado tu lugar, ayudanos a ordenarnos para que nuestra mayor prioridad seas siempre vos. Te damos gracias por lo aprendido, porque vos usas todo a nuestro alrededor para llamar nuestra atención y que podamos ver tu persona cada vez con mayor claridad. Te damos gracias por haber enviado a tu hijo Jesús, por quien hoy tenemos acceso a tu Trono de gracia. Dejamos y rendimos hoy ante ti todo lo que somos, pidiéndote perdón por nuestros pecados para que seamos limpios y renovados en tu amor y tu misericordia. Te lo pedimos en el nombre de Jesús, amén y amén”.